

JENNY T.
COLGAN

UNA NOVELA
SOBRE EL AMOR
Y LA TOTAL
ANIQUILACIÓN
DE LA
HUMANIDAD

LA RESISTENCIA ES INÚTIL

LA NOVELA QUE
SHELDON LE
REGALARÍA A AMY



timunmas

Jenny T. Colgan



La
resistencia
es inútil

timunmas

Título original:
Resistance is futile

Primera edición: mayo de 2016

© Jenny Colgan, 2015
Imagen de la espiral © Edmund Harriss (maxwelldemon.com), 2015
Mapa © Little, Brown Book Group, 2015

© Traducción de Miguel Antón, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016
Avda. Diagonal, 662-664, 7.^a planta. 08034 Barcelona
Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

www.timunmas.com
www.planetadelibros.com

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-450-0304-6
Depósito legal: B. 7.818-2016
Fotocomposición: gama sl
Impresión: Black Print

Impreso en España

Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Capítulo 1

A la señora Harmon no le hizo mucha gracia verse obligada a salir de la acogedora portería para mostrar las instalaciones a otra novata, y no tuvo reparos a la hora de manifestarlo.

—Ésta es la oficina principal —anunció de mala gana. Hasta el momento, la mayoría habían sido jóvenes educados de sonrisa tímida o expresión inteligente.

Aquella chica desgarrada y pelirroja no encajaba ni por asomo en esa pauta, así que no iba a perder media mañana en los pasillos helados mostrándole los servicios.

Sorbió ruidosamente, lamentando al hacerlo haberse comido de nuevo su KitKat para el almuerzo a las nueve de la mañana. Al menos cuando trabajaba en la prisión podía charlar de vez en cuando con alguien. Pero esos jodidos académicos...

Porque, a ver, ¿qué motivo había para considerarlo un trabajo? Todo el día sentados, tomando café y dejando las tazas sucias para que ella las recogiera como una especie de hada de las tazas. Y encima cobraban más que ella, de eso estaba segura. Por garabatear esos simbolitos raros por todas partes. A veces, la señora Harmon llegaba a la conclusión de que los académicos eran maestros en el arte de fingir, los participantes de una especie de fraudulento programa de inserción laboral.

Le hubiera sorprendido saber que la doctora Connie MacAdair, doctorada en Glasgow en álgebra de sucesos y probabilidad, becada por el MIT para la investigación en teoría de números y probabilidad, de quien todos decían era candidata a una futura medalla Fields,

y que ostentaba el número 3 de Erdős, a veces pensaba exactamente lo mismo.

Connie pestañeó.

—Disculpe, ¿dice que esto es la oficina principal?

Si le hubieran pedido que describiera lo que veía, «un búnker tras un ataque nuclear» hubiese sido la primera frase que con toda probabilidad le habría cruzado por la mente.

—Es un espacio diáfano —apuntó la señora Harmon, como si eso sirviera de excusa.

La habitación gris ocupaba el sótano de un feo edificio moderno; las escasas ventanas cerradas mostraban los pies de la gente que caminaba de un lado a otro bajo la lluvia. Era grande, de planta cuadrada y muy oscura, sumida en una penumbra eterna, con mesas alineadas como si se tratara del aula de una escuela de primaria.

No había ordenadores, únicamente hileras de tomas de corriente. Lo que más destacaba eran los papeles arrugados y las papeleras llenas a reventar. Las pizarras negras convencionales y las electrónicas cubrían las paredes, aunque otras estaban ocupadas por impresoras y enormes rollos de papel que lamían el suelo como lenguas kilométricas. Connie había visto fotos del departamento de matemáticas: era un lugar hermoso. Estaba claro que eso se trataba de una especie de zona de contención de aguas.

Había vasos y bandejas de papel, algunas con restos de comida. Olía a matemáticos, un olor que a Connie le resultaba familiar, una mezcla de polvo y plástico de calculadora, desodorante aplicado con rapidez, café recalentado y, por último, un inverosímil pero innegable tufillo a tinta de impresora.

En ese momento el lugar estaba vacío. Y no se parecía nada a lo que Connie había esperado tras la halagadora entrevista; la asombrosa oferta: una beca de investigación de posdoctorado en su propia especialidad, en una de las ciudades universitarias con mayor solera del mundo, con alojamiento incluido. Nada de dar clases, tan sólo la pura libertad de trabajar durante los próximos dos años.

Se recordó que se hallaba ante un empleo ideal, una oportunidad tan espectacular como inesperada en tiempos de recortes de los presupuestos de investigación y de facultades con apuros económicos. Vivía en una nube desde que había recibido la carta.

—Bueno, pues aquí lo tiene —anunció la señora Harmon, consultando sin disimulo la hora en el reloj.

—Ah, sí —asintió Connie, cuyo corazón latía de pronto de forma acelerada. Había pensado que ese empleo era demasiado bonito para ser cierto. Igual no se equivocaba—. Hmm. Sí, supongo que así es... ¿Hay un escritorio para mí?

En el extremo opuesto de la sala había un espacio despejado, y en mitad del claro descansaba una maceta pequeña con una planta muerta.

—Muy bien —dijo Connie, volviéndose con los ojos muy abiertos—. Tengo algunas preguntas que...

Pero la señora Harmon se había marchado. Connie reparó en que se movía asombrosamente rápido para tratarse de alguien con un centro de gravedad tan bajo.

Connie miró a su alrededor, por si acaso sus nuevos colegas habían decidido esconderse bajo los escritorios para aparecer de pronto y obsequiarla con una fiesta sorpresa de bienvenida que acabaría siendo un muermo y se torcería por algún lado. No sería la primera vez.

Sin embargo, un silencio espectral reinaba en la estancia. La cruzó y miró hacia la parte superior de la ventana y los grises adoquines. Acercó entonces una silla y se subió a ella. Bueno, mejor así, aunque seguía sin ser la preciosa oficina con las paredes cubiertas de librerías que había imaginado en lo alto de una torre bañada por la luz del sol.

Más allá del camino que llevaba a aquel edificio horrible se extendía la campiña: estaban en el borde mismo del campus. En la distancia, ocultas casi por la fina lluvia que caía, distinguió las tierras bajas y ondulantes que rodeaban la población donde se alzaba el campus. Un trecho de hierba se entrecruzaba con los caminos embarrados que llevaban a los campos, campos de verdad donde pacían ovejas de carne y hueso.

Después de tres años en la gris facultad tiznada de hollín de Glasgow, aquello era como una revelación. Connie comprobó si había alguna ventana que se abriera, pero no encontró ninguna.

La lluvia caía cada vez con mayor fuerza, aunque más allá de las colinas que se alzaban en la distancia creyó distinguir algún claro a través del cual se filtraba la luz del sol. De pronto, en un extremo de un campo lejano, vio algo a través de la lluvia. Se movía con suma lentitud. Muy, muy lentamente. Al principio pensó que se trataba de una

especie de robot cuadrado móvil que se desplazaba con dificultad sobre una nube de vapor que emitía él mismo, lo cual decidió que no era posible. Para empezar, era de color marrón. ¿A quién se le ocurriría diseñar un robot de ese color? Poco a poco rindieron fruto las pistas visuales: en realidad se trataba de un piano. Un piano que se movía por el campo. Bajo la lluvia.

¿Había llegado en plena semana de la colecta de beneficencia? ¿Habían instalado un motor en el piano? ¿Se trataba de una especie de broma absurda? Connie llevaba el tiempo suficiente en el mundo académico para haberlas visto de todos los colores, y no estaba de humor para bobadas. Se disponía a darse la vuelta cuando el piano avanzó otro trecho con dificultad, y Connie reparó en la presencia de alguien. Había alguien, una figura esbelta, alta y delgada como un Giacometti, que empujaba el instrumento. Él, porque por lo visto se trataba de un hombre, iba calado hasta los huesos. Llevaba la camisa blanca adherida a la piel y el agua le goteaba de las gafas de pasta.

Sin embargo, Connie era consciente del hecho de que los pianos son instrumentos tremendamente pesados, no hay por donde aferrarlos y son inmanejables. Sin embargo, aquel esmirriado y empapado personaje que había en el campo no parecía tener el menor problema para hacerlo avanzar.

Concluyó, con un suspiro, que debía de ser algo relacionado con el club de teatro de la universidad. Probablemente era un estudiante de medicina que iba borracho pidiendo limosna con la excusa de la semana de beneficencia. Tal vez el entorno donde se alzaba su nueva universidad fuera distinto, pero los estudiantes no cambian gran cosa.

Se volvió hacia la estancia. Había una larga ecuación sin resolver en la imponente pizarra blanca situada en el extremo opuesto, y al lado descansaba tentadoramente un rotulador nuevo. Incapaz de contenerse, Connie se acercó y, en un abrir y cerrar de ojos, completó con pulcritud la ecuación. Al menos hasta que llegó el momento de escribir la solución de 8,008135.

—Ah, muy gracias —dijo en voz alta.

La redujo a 04,0404 justo cuando oyó que la puerta se abría.

Connie sonrió paciente, a pesar de que los nervios iban por dentro. Desde que tenía seis años, con motivo del concurso de matemáticas, se había acostumbrado a ser la única chica, más o menos. En las fiestas, la gente la presentaba aún como a una especie de estudiante eterna, y so-

lía asustar a más de uno cuando afirmaba ser matemática, lo cual daba pie a tartamudeos y menciones a las notas que habían obtenido en el certificado general de educación secundaria, como si su profesión constituyese un claro desafío para su masculinidad.

Y ahí estaba ella de nuevo, la novata, en otra aula, en otra ciudad. Supuestamente, con el paso del tiempo todo tenía que ser más fácil, pero no lo era.

Entró un hombretón. Tenía el pelo rizado, gafas y una barba enorme, tanto que parecía un oso amistoso. Miró a su alrededor nervioso, y después sonrió al tiempo que reparaba en ella.

—Vaya, pero si eres tú —dijo.

—Hola —saludó Connie. No conocía a ese hombre de nada, y se preguntó con quién la habría confundido—. Soy la doctora MacAdair.

El hombre abrió desmesuradamente sus ojos castaños.

—Y no dejan de llegar. Rompecabezas de Nikoli, ¿verdad?

Connie se envaró.

—Es posible. ¿Quién es usted?

—Arnold —respondió el hombre, nada incomodado por la brusquedad del trato. Tenía acento estadounidense—. Arnold Li Kierkan.

—¡Ah, he oído hablar de usted! —exclamó Connie, aliviada. Se estrecharon la mano—. El modelo del reparto del pastel. *BM Monthly*.

Arnold esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Fantástico! ¿Querrás que te firme tu ejemplar cuando lo tengas a mano?

—Hmm. Yo no... hmm. Vale. Lo he pillado. Muy gracioso. Espera. —Hubo una pausa—. Pero si trabajamos en el mismo campo.

—Así es. De hecho, te he visto en unas diecinueve conferencias.

Connie se puso un poco colorada. Ser mujer y matemática en un campo tan inusual se parecía un poco a ser famosa, exceptuando el aspecto monetario, la adulación y la ropa gratis.

—Ah, sí, claro —dijo—. Pero... Lo que quería decir es que... No entiendo... Bueno, que creía que era una beca de análisis estadístico. Y hago hincapié en lo de una beca.

De pronto se le cayó el alma a los pies. ¿Lo habría entendido todo al revés?

—Es decir... Creía haber superado la entrevista. He regalado el

coche... Me he mudado de apartamento... Quiero decir que si vamos a competir...

—Vaya, ¿quieres respirar en una bolsa de papel?

—¿Qué? ¡No! Quiero que alguien me diga de qué va todo esto.

—Calma —dijo Arnold—. No pasa nada, todos estamos aquí. Nadie tiene ni idea. Evelyn Prowtheroe...

—No lo dirás en serio.

Arnold acababa de mencionar a la líder de su campo de investigación. Su último trabajo, al menos que Connie supiera, era como profesora emérita de la Universidad de El Cairo.

—Ranjit Dasgupta...

—¿Qué?!

Entonces ató cabos.

Connie aspiró aire con fuerza antes de mencionar el siguiente nombre. De hecho, ambos lo hicieron al unísono.

—Sé Weerasinghe...

—Ah, ¿lo conoces? —preguntó Arnold.

Connie lo miró con los ojos entornados.

—Está claro que tú, Perfecto Desconocido, ya sabes que sí lo conozco.

Arnold levantó sus enormes manos como quien hace un gesto destinado a calmar los ánimos.

—No, no, no.

Sus mejillas redondas se tiñeron de cierto rubor, y Connie miró a su alrededor en busca de cualquier cosa que hacer o, en el peor de los casos, algo con lo que distraerse.

Fue en las conferencias por parejas en Copenhague. Circuló un asqueroso licor local llamado *eau de vie*. También había música. Rara vez la visión de matemáticos bailando era un bonito cuadro, así que circuló más licor para hacer más digerible el baile, lo que a su vez acabó por dar buen sabor al propio *eau de vie*.

Había también un joven de Sri Lanka con unos pómulos capaces de tallar vidrio y una encantadora voz de tenor. Una carrera de números primos que terminó en el piso de arriba. La seducción había tenido lugar delante de todo el mundo con quien había colaborado en la historia de la humanidad.

Pero eso no había sido lo peor. Lo peor fue, cuando salió de la habitación a la mañana siguiente y regresó a la suya para cambiarse y lavarse la cara, que para cuando bajó a desayunar estaba claro, a juzgar por las caras de los presentes y el considerable corro que atestaba la mesa de Sé, que él no se había mostrado precisamente discreto.

Pero Sé no se levantó para saludarla, ni siquiera le dirigió una sola palabra.

Cuando lo miró desde la mesa, él se sonrojó hasta la raíz del oscuro pelo. Ella se limitó a darse la vuelta y salir del comedor. Se puso en contacto con ella más adelante para tratar de darle explicaciones, para disculparse, incluso para pedirle que se vieran de nuevo, pero nunca le contestó: la terrible humillación de entrar en aquella sala llena de personas que hablaban sobre ella cimentó la promesa que se hizo a sí misma de no volver a salir con gente de la profesión, a pesar de que habían pasado cuatro años de lo sucedido y la gente de la profesión eran las únicas personas con quienes se relacionaba.

Seguía sonrojándose al pensar en ello, lo cual procuraba no hacer nunca. Por supuesto, lo que en tiempos había sido una ira intensa debida al comportamiento de Sé, se había apaciguado un poco, pero no tenía ningunas ganas de trabajar de nuevo con él. Ningunas.

—Bonito país, Dinamarca —comentó Arnold.

—Hmm.

Con una sonrisa esquinada, y, tal como sospechaba Connie, vendiéndose por el hecho de que ella no lo hubiese reconocido, Arnold extendió un brazo para abarcar la estancia.

—En fin, bienvenida al búnker —dijo.

—¿Cuánto llevas aquí?

—Pues... tres. Cuatro días.

—Has venido rápido.

Arnold asintió.

—Es un poco... Bueno, es un auténtico búnker —continuó Connie.

—Lo sé —dijo él—. Esos malditos físicos se quedan con todo lo bueno. ¿Has visto sus nuevas instalaciones? Ese ridículo y enorme edificio blanco... Si parece que trabajan en un gigantesco Apple Mac.

—No he visto nada —dijo Connie bostezando—. He viajado en coche cama. Ni siquiera he visto mi alojamiento.

Arnold se alegró un poco.

—Pues es mucho más acogedor que esto, te lo aseguro.

—Eso es poner el listón muy bajo. Ahora en serio, todo el mundo piensa que me he mudado a una especie de castillo de cuento de hadas. Con puente levadizo y todo. Y almenas.

Se alzó un repentino griterío procedente del pasillo, seguido por un fuerte golpe seco.

—¿Qué ha sido eso?

Arnold asomó la cabeza por la puerta.

—¡Eh!, no podéis meter eso aquí.

—Obviamente sí puedo —dijo alguien, lacónico—. Aquí la duda es hasta dónde.

Connie siguió a Arnold, que salió del búnker al pasillo, donde un enorme piano de cola descansaba un poco inclinado entre ambas paredes. De pie ante el instrumento, chorreando agua sin que eso lo perturbara lo más mínimo, se encontraba el hombre alto y delgado que había visto en el campo.

—Hola —saludó algo indecisa. El hombre la miró con curiosidad. Tenía unos ojos oscuros e intensos tras las gafas de pasta gruesa.

—Sí, sabía que me había olvidado de alguien —dijo Arnold.

—Tiene usted el... —El extraño hizo un gesto para señalarse la sien. Parecía buscar la palabra con ahínco, tanto que Connie se preguntó de dónde sería. Nunca dejaba de sorprenderla la cantidad de gente que sentía la necesidad de señalar que era pelirroja—. El pelo —dijo por fin. Parecía incapaz de quitarle los ojos de encima.

—Te presento a Luke —dijo finalmente Arnold—. Me gustaría decirte que habitualmente no se comporta de este modo, pero de momento...

—Hola —lo saludó Connie, muy educada—. ¿En qué trabajas?

Luke la miró con ojos bizcos, como si intentara apartar la vista de su cabello pero sin conseguirlo.

—Hago un poco de todo —respondió él sin concretar.

—Luke, estás empapado —dijo Arnold, cambiando rápidamente de tema—. Necesitas ropa seca. Vas a congelarte.

Luke se miró como si acabara de darse cuenta de ello.

—Exacto —dijo—. Ropa. Sí.

Y se dio la vuelta para alejarse, pasando bajo el piano, que abandonó en medio del pasillo.

—A la señora Harmon no va a gustarle ni una pizca —predijo Arnold—. Sobre todo después de lo que pasó con el... nido.

Connie parpadeó.

—Esto no se parece en nada a otros departamentos de matemáticas, ¿verdad?

—No —aseguró Arnold, abatido—. Cardiff tenía equipo de lacrosse.